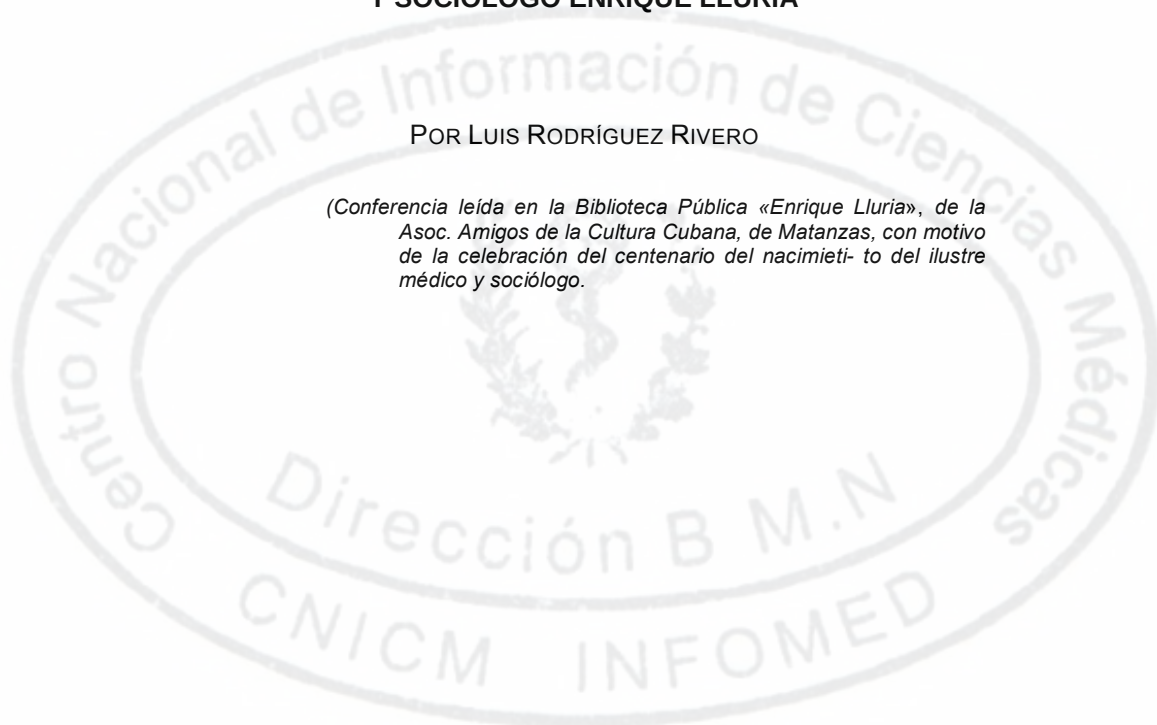


**VIDA ACCIDENTADA Y TURBULENTA DEL MEDICO
Y SOCIOLOGO ENRIQUE LLURIA**

POR LUIS RODRÍGUEZ RIVERO

*(Conferencia leída en la Biblioteca Pública «Enrique Lluria», de la
Asoc. Amigos de la Cultura Cubana, de Matanzas, con motivo
de la celebración del centenario del nacimiento del ilustre
médico y sociólogo.*



Señor Presidente de la Asoc. Amigos de la Cultura Cubana,
Señor Historiador de Salud Pública,
Señores familiares del Dr. Lluria,
Señoras y señores.

Agradecemos a la admirable y querida asociación de Amigos de la Cultura Cubana el honor del acceso a su tribuna limpia y honesta y manifestamos singular complacencia en contribuir con un modesto aporte al prestigioso acto conmemorativo con que tanto se honra la institución auspiciadora, ya que recuerda el nacimiento en esta ciudad de Matanzas, de un científico cubano de veras ilustre.

La vida de Enrique Lluria ofrece al investigador acucioso aspectos sumamente interesantes y dignos de ser estudiados para derivar consecuencias y observaciones útiles y constructivas. Su vida, accidentada y turbulenta, es un tema de interés cubano y actual: creemos sinceramente que despertará curiosidad y apetencia entre los estudiosos y aficionados a desentrañar conocimientos biográficos de alguna vida—como en el caso presente—realmente extraordinaria. Interesará a los matanceros cultos, porque la Atenas de Cuba lo vio nacer y crecer; a los médicos y demás científicos habaneros, que lo admiraron o combatieron; a las mujeres, que tanto lo amaron y provocaron graves peripecias y accidentes en su vida; a todos los hombres trabajadores: humildes y desheredados de la fortuna, por quienes tanto se desveló y luchó el científico convertido en sociólogo; a los hospitalarios cienfuegueros, cuya Perla del Sur lo vio languidecer y morir, y le dio sepultura al grande hombre que arrostró todos los sacrificios y perjuicios de su persona y su posición en aras de sus altos ideales redentores y de superación de la humanidad.

No tuvimos la dicha de alcanzarlo y escrutar su pensamiento a través de la expresión bondadosa de su rostro y de su mirada luminosa; ni de oír el timbre de su voz portadora de las vibraciones de su espíritu superior; ni el mensaje directo de su inteligencia cultivada y su talento agudo, para así palpar su alta calidad humana y volcarla con acierto y precisión en estas breves páginas de recorda-

ción y homenaje que la oportunidad de su centenario nos ha depa-
rado. Estas insuficiencias trataremos de suplirlas con el cálido
entusiasmo nacido del examen de una vida sencillamente gloriosa
y catastrófica. Y estamos seguros de que la narración de los
hechos de su complicada personalidad polifacética, a manos de un
literato diestro, daría fácilmente nacimiento a un personaje impar
para una interesante y vigorosa novela.

Convenimos, no obstante, con otros autores, en que la
biografía es la forma de exposición histórica más amena,
interesante y eficaz. Por ello aprovechamos la predilección por este
género literario, donde se expone la vida, el pensamiento y la
acción de las personalidades señeras de la cultura, la civilización y
el progreso universales, en la creencia de que estamos elaborando
un instrumento capaz de propiciar el logro de los nobles empeños
soñados por esforzados adalides, genios creadores y propulsores
del progreso de la humanidad, y animadores de cultura
vocacionales, siempre preocupados, diligentes y sacrificados por la
patriótica y civilizadora idea de alcanzar la felicidad por el derrotero
cierto, eficaz y único de la cultura del pueblo.

Enrique Lluria, además de médico y sociólogo, fue un
activísimo animador de cultura, uno de los tantos siempre carentes
de los más elementales estímulos oficiales y—a veces—hasta
obstaculizados por seres ignorantes o envidiosos, cegados por la
luminosidad del apostolado cultural que sólo poseen quienes lo
sientan y amen como sopro vital consustancial a su ser.

Producir un ensayo sobre un prócer ilustre y útil a la huma-
nidad es misión honrosa que se cumple gratamente, poniendo el
calor, el amor y la devoción que siempre nacen al conjuero de la
simpatía y admiración naturales emanadas de las afinidades, los
sentimientos y los ideales encarnados en el personaje
seleccionado. Y, repetimos, el Dr. Lluria fue un hombre de singular
talento, un científico de vastísima cultura, y un espíritu generoso,
levantado y rebelde, en fin: un apóstol de las nuevas teorías y
doctrinas humanistas que buscan y propenden a la conquista de la
justicia social, la cultura, el progreso, el bienestar general, la paz y
la felicidad de toda la humanidad.

Cuba ha producido algunos meritísimos pioneros y apóstoles
abanderados de nuevas doctrinas filosóficas e ideales
revolucionarios o simplemente reformadores que tienden a
subsanan los errores y a eliminar las injusticias humanas. Junto al
médico y sociólogo están sus antecesores y coetáneos Felipe
Poey, Pablo Lafargüe, Diego Vicente Tejera, José Martí, Enrique
Roig San Martín, Carlos Baliño y otros dignísimos representantes
de teorías diversas que abogan por el mejoramiento de la
humanidad. Todos consagraron sus preciosas vi-

das a la búsqueda afanosa de las fórmulas capaces de plasmar nobles ideales redentores y de plena felicidad para el género humano. Y en la presente oportunidad ha tocado su turno a la figura del matancero Enrique Lluria.

Nacimiento, infancia y formación.

Enrique Florencio Lluria y Despau nació en la ciudad de Matanzas, en la casa No. 45 de la calle de Manzaneda, el día 23 de febrero de 1862, hijo del Ledo. Don Enrique Lluria y Pujadas, farmacéutico y modesto comerciante cubano oriundo de Regla, y coronel de voluntarios en Matanzas que acostumbraba realizar periódicos viajes a España. Los Lluria y Pujadas, eran cinco hermanos varones, vástagos de padres catalanes establecidos en la ultramarina villa de la Virgen Morena en un astillero y comercio de cabotaje.

Don Enrique Lluria y Pujadas tenía establecida su farmacia «Santa Teresa» en la casa No. 103 de la calle del Medio (actualmente Independencia) esquina a la de Manzaneda, en la ciudad de Matanzas, y cuya farmacia es la denominada actualmente «El Rosario» de la propia ciudad. Su hermano Don Juan, casado con Doña María Sánchez Ramos, residía en la casa N° 12 de la calle de San José en la Villa de Regla, era marino, arquitecto naval y continuador y propietario del comercio dejado por su padre en la propia villa, convirtiéndolo en astillero donde se construían goletas y embarcaciones menores. Su otro hermano Don Francisco de Paula, era casado con Doña Isidra de la O. García, propietaria del Ingenio azucarero «Jesús María», ubicado en el Término Municipal de Santa Ana (Cidra), Provincia de Matanzas. Su hermano Gabriel era carpintero y murió muy joven; y el más pequeño, Don Santiago, se hizo médico y residía en la casa N° 150 de la calle de Compostela, esquina a Jesús María, en La Habana.

La madre de nuestro biografiado, y esposa del Ledo. Don Enrique Lluria y Pujadas, Sra. Doña Teresa Despau y Morejón, era una dama matancera de ascendencia catalana y dedicada a los quehaceres de su hogar.

Enrique Florencio Lluria y Despau fue bautizado en la Iglesia Parroquial de San Carlos de Matanzas ⁽¹⁾ por el párroco P. Ramón Maseda, el día domingo 6 de abril del propio año 1862, y fueron sus padrinos sus tíos Don Juan Lluria y Pujadas, y Doña Dolores Morejón y Bucheli ⁽²⁾

De niño, Enrique Lluria cursó la primera enseñanza en su ciudad natal, y cuando su padre pretendió iniciarlo en los estudios secundarios, tropezó con el obstáculo de hallarse clausurado el Ins-

tituto de Segunda Enseñanza de Matanzas, desde el día 15 de septiembre de 1871, por disposición del gobierno colonial español de la Isla y motivada por el desarrollo y auge de la Guerra Independentista iniciada el 10 de octubre de 1868 por Carlos Manuel de Céspedes en La Demajagua. Entonces fue cuando el padre, teniendo el hijo solo 12 años de edad, lo llevó a España y, en la ciudad de Barcelona lo matriculó en el Colegio Privado de «Santo Tomás» (1874-75), y estudiando posteriormente en el plantel —también privado— Colegio de Antiga (1875-76), donde cursó algunas asignaturas que examinó y aprobó en el Instituto Provincial de Segunda Enseñanza de la propia ciudad (anexo a la Universidad Literaria de Barcelona), en cuyo plantel se matriculó, cursó y aprobó todas las asignaturas del Bachillerato en Artes.

En 15 de julio de 1879, teniendo 17 años de edad, concluyó los ejercicios de pruebas correspondientes a la totalidad de las asignaturas exigidas para el grado de Bachiller en Artes, el cual obtuvo con la calificación de Aprobado y, sin esperar el Título, regresó a Cuba en el mes de agosto de 1879, acompañado de una Certificación de fecha 22 de julio del mismo año, acreditativa de los estudios realizados.

Con fecha 30 de septiembre del propio año 1879, mediante oficio suscrito por él (menor de edad) y por su señor padre, y dirigido al ilustrísimo señor Rector de la Real Universidad de La Habana, solicitó su ingreso para estudiar Medicina al amparo de la Certificación de estudios cursados que portaba y prometiendo exhibir su Título de Bachiller en Artes tan pronto como lo tuviese en su poder.⁽³⁾

El estudiante Enrique Lluria se trasladó a la ciudad de La Habana y se hospedó en la residencia de su tío médico, Don Santiago Lluria y Pujadas (Compostela No. 150), muy próxima al anfiteatro de la Facultad de Medicina, sito en la calle de San Isidro, y relativamente a corta distancia de la Universidad de La Habana, entonces instalada en el edificio del antiguo Convento de Santo Domingo de Guzmán, de los Padres Dominicos,⁽⁴⁾ e inició sus estudios en la citada Facultad, donde permaneció desde 1879 hasta 1882 en que recesó para reanudarlos de 1884 a 1886.

Del examen de su expediente académico universitario se observan ciertas alternativas de mayor o menor aprovechamiento docente a través de las calificaciones obtenidas y consignadas en sus notas de pruebas realizadas. Cual señales de irregularidad, junto a

⁽³⁾ El señor Rector de la Universidad Literaria de Barcelona expidió su Título de Bachiller en Artes en la fecha del 7 de mayo de 1880, viniendo a recibirlo el interesado, en Cuba, en 1881, causándole esta demora no pocos trastornos y dificultades.

⁽⁴⁾ Ya demolido, estuvo situado al fondo del Palacio Municipal de La Habana, entre las calles de Obispo, Mercaderes, Pdte. Zayas y San Ignacio.

calificaciones de sobresaliente aparecen las de aprobado o la no realización de los ejercicios de pruebas, así como también las dificultades sufridas por sus reiteradas faltas de asistencia a las clases (Docs. 1 y 2). Graves resultados le produjo al joven estudiante su imposibilidad de simultaear sus estudios universitarios con los nuevos factores que irrumpieron, se incrustaron y alteraron el equilibrio de la trayectoria de su vida, con tal violencia, que vióse precisado a recesar como estudiante.

Por ese tiempo, entre los 18 y 22 años de edad, Enrique Lluria era un mocetón alto, rubio, robusto, elegante y bien parecido, y resultó víctima de la tentación fascinante que siempre ejerce una ciudad populosa y sensual, colmada de hermosas vírgenes de tez trigueña y ojos morunos, de andar zalamero y bocas de grana... el estudiante novato se contaminó con la vida frívola y galante de la urbe capitalina: las irresistibles mujeres del trópico, cual frutas maduras aromosas y bañadas de sol y de brisas, interceptaron su sendero, desviándolo y apartándolo del camino inicial, del que debía conducirlo a la meta final.

Por esa época el padre de Enrique Lluria atravesaba una situación económica dificultosa; y sus tíos paternos Don Francisco de Paula y Doña Isidra venían solventando los gastos que acarreaban los estudios del sobrino; pero al regresar éste a Matanzas, cabizbajo y trémulo de bochorno e informarlos de la pérdida del curso académico universitario, los tíos protectores le retiraron inmediatamente su ayuda económica. Y Enrique Lluria se vió forzado a colocarse de listero en el astillero de su tío paterno Don Juan, en la villa de Regla, como castigo a su fracaso, consecuencia de su conducta veleidosa. Así apuró y sufrió amargamente la derrota causada por su falta, hasta que su tía política Doña María Sánchez Ramos, con generosidad maternal, se dispuso a sacarlo de la impotencia en que se debatía. Le habló a su otra tía, Doña Isidra de la O. García, para que le diera una nueva oportunidad de reanudar sus estudios, a lo cual accedió de común acuerdo con su esposo Don Francisco Lluria. Una tía le dio albergue y manutención en su residencia de San José No. 12, en Regla, y la otra le pagaba los gastos de la carrera y otros personales.

Enrique Lluria volvió a la Universidad de La Habana, en cuya Facultad de Medicina estudió de nuevo de 1884 a 1886. Allí viose acompañado de estudiantes de las calidades de Diego Tamayo Figueredo, Ant. Díaz Albertini, José A. Yaldés Anciano y otros futuros galenos que más tarde honraron la ciencia médica cubana, y con la experiencia de los peligros y consecuencias de las tentaciones capitalinas, se consagró a sus estudios para demostrarle su agradecimiento a sus bondadosas tías y poder levantar su cabeza frente a la exagerada austeridad de su tío Francisco de Paula.

En poco más de dos años y un tanto de fuerza de voluntad y coraje, Enrique Lluria logró concluir los tres primeros cursos de Medicina con altas calificaciones en sus notas de pruebas realizadas, causando así muy grata impresión entre sus compañeros, amigos y familiares. Esta actitud reveladora de su reflexión, la energía de su aplicación y su talento, le valió para que su lío paterno Don Francisco de Paula recapacitara, se reconciliara con el sobrino y decidiera enviarlo a la ciudad de Barcelona a continuar sus estudios.

En 25 de julio de 1886 Enrique Lluria dirigía un escrito al Excmo. e limo. Señor Rector de la Real Universidad de La Habana (Doc. 3) solicitando que por la Secretaría General se remitiese de oficio al señor Rector de la Universidad de Barcelona un extracto de su expediente académico. Enrique Lluria partió para Europa, arribó a la ciudad Condal y se matriculó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona, donde continuó sus estudios, los concluyó y se graduó de Doctor en Medicina en 1889, (a los 27 años de edad) presumiendo que su tesis de grado versó sobre el tema intitulado «Antisepsia de las vías urinarias», ya que de su bibliografía aparece como su primer trabajo científico y data precisamente del mismo año de su graduación.

Traslado a París.- Especialización y Consultorio.- Viaje a Cuba.

De Barcelona el Dr. Lluria se trasladó a la ciudad de París, donde trabó amistad fraternal con su compatriota cubano, Hijo Eminente de Sagua la Grande y gloria de la medicina universal, Dr. Joaquín Albarrán y Domínguez, que ya era Profesor Jefe de Clínica de Vías Urinarias de la Facultad de Medicina de París y gozaba de gran prestigio. Los Dres. Lluria y Albarrán intimaron en su fraternal amistad y ambos decidieron realizar un viaje a Cuba.

Nimbados por la aureola de su sabiduría científica, arribaron a la tierra natal estos dos preclaros cubanos en el año de 1890. Ambos estuvieron en la ciudad de Matanzas, hospedándose en la residencia particular de Don Pedro Horta, (entonces administrador del ingenio «Jesús María», propiedad de los tíos paternos protectores de Lluria, Don Francisco de Paula y Doña Isidra), situada en el caserío de la Playa de Bellamar. Por las tardes los dos jóvenes médicos cubanos recorrían a caballo la actual calzada del Gral. Betancourt, admirando el panorama que les ofrecía el contorno de la hermosa habia de aguas turquinas y profundas, las doradas lomas de La Cumbre, las plateadas linfas del San Juan y el Yumurí y demás bellos paisajes de la Atenas de Cuba en sus inolvidables puestas de sol, cargadas de luz y de color, de poesía y ensoñación...

El Profesor de la Facultad de Medicina de París, Dr. Albarrán, aceptó una invitación que le formuló la Sociedad de Estudios Clí-

nicos de La Habana y, en la noche del 14 de octubre del propio año 1890, dictó una conferencia que intituló «Micro-organismos del cáncer».⁽⁵⁾

Tras las agradables vacaciones disfrutadas por los Dres. Albarrán y Lluria en la siempre grata y adorada patria querida, ambos regresaron a Europa. En la capital de Francia Albarrán prosiguió su carrera rutilante desde su Cátedra de Enfermedades de las Vías Urinarias de la Facultad de Medicina de París; y Lluria, discípulo, compatriota y amigo de Albarrán, continuó auxiliándolo y colaborando con él hasta conseguir su ingreso como médico interno en el Hospital Necker, la excelente Clínica de Urología que dirigía el eminente urólogo francés Dr. Félix Guyón, donde tanto había practicado Albarrán y en la que muy pronto el joven médico Dr. Lluria también se destacó por su dedicación, talento, experiencias e innovaciones.

Además el Dr. Albarrán propició el establecimiento de sólidos vínculos de amistad entre su compañero el Dr. Lluria y el Dr. Ranvier, el notable y prestigioso profesor, gloria de la medicina francesa, y Catedrático de Histología y de Histo-Patología, que inició al joven galeno matancero en el estudio de las células y los tejidos. La influencia del Prof. Ranvier y el conocimiento y amistad que trabó Lluria en París con el escritor y poeta cubano Diego Vicente Tejera, parece dieron lugar al inicio de una nueva etapa en la vida científica y política de nuestro biografiado.

Por aquella época Albarrán y Lluria colaboraban estrechamente en el propósito de descubrir el cateterismo del tracto urinario, y que ambos médicos cubanos presentaron (1891) ante la Sociedad de Biología de París, la Memoria intitulada «Cateterismo Permanente de los uréteres», en la cual dieron a conocer en el mundo de la Medicina los primeros experimentos —que se hicieron en perros— practicando posteriormente el Dr. Albarrán el cateterismo a una mujer, obteniendo un resultado satisfactorio y cambiando así, radicalmente, las viejas orientaciones de la Urología. Fue Lluria el primero que coloreó con azul de metileno la red linfática de la vejiga, haciendo posible su estudio a través del microscopio.

Otro de los experimentos que más ensayó y practicó el Dr. Lluria fue el de la masoterapia renal, procedimiento mediante el cual se hacía retornar el riñón flotante a su posición normal y dejarlo fijado allí sin necesidad de intervención quirúrgica. La publicación «Journal Chirurgie», de París, comentó favorablemente este experimento del Dr. Lluria, dedicando frases honrosas y altos elogios a la persona del autor.

⁽⁵⁾ Publicada en la «Revista de Ciencias Médicas», La Habana, octubre de 1890.

El Dr. Albarrán unió su glorioso nombre al más joven del Dr. Lluria en algunos de sus trabajos científicos, y ambos cubanos contribuyeron a cubrir una importante etapa en la evolución de la patología urológica. La sombra gloriosa de Albarrán, unida a los triunfos personales alcanzados por Lluria en París, hicieron que el nombre del médico matancero se destacara y brillara entre la constelación de hombres de ciencia eminentes cuando apenas había cumplido los treinta años de edad. Lluria tenía 28 y 29 años de edad cuando el Dr. Filomeno Rodríguez lo describe así: «hombre vestido con suma elegancia, alto, esbelto, una barba discreta terminada en punta, fino bigote, frente alta y limpia, y unos ojos grandes que denotaban un intelecto poderoso». Otro biógrafo, el Dr. Francisco Domenech Vinajeras ha expresado que Lluria «era un hombre apuesto, elegante, rubio; usaba a la sazón largos cabellos, barba corrida y puntiaguda. Poseía una verba chispeante y fértil y una inmensa bondad de sentimientos».

La ciudad de París le ofrecía a Lluria un insuperable medio científico para el cabal desarrollo de sus capacidades y aptitudes; pero tras cuatro años de permanencia en la Ciudad Luz; cuando ya comenzaba a saborear sus triunfos y saberse querido y altamente estimado no solo por su compatriota el Dr. Albarrán, sino también por los Profesores Guyón, Ranvier, Dupré y otros sabios franceses coetáneos; cuando se sucedían los descubrimientos de Pasteur y sus discípulos, tan provechosos y útiles al campo de la microscopía y la histología, inexplicablemente Lluria decidió abandonar la Capital de Francia para instalarse en la Capital de España.

Traslado a Madrid.- Amistad y colaboración con Don Santiago Ramón y Cajal.

Llegado a Madrid en 1893, el Dr. Lluria se instaló en una hermosa y amplia casona ubicada en el Paseo de la Castellana No. 10, donde también estableció su Clínica Urológica, moderna y eficiente, la cual inauguró con singular resonancia publicitaria, y de cuyo hecho se hizo eco la Revista «Cuba y América», donde Don Fernando Ortiz escribió: (Lluria) «discípulo de Albarrán, es una preclara honra de la enseñanza de éste, y allá en su Clínica de la capital de España ejerce con gloria y beneficio su profesión médica, siendo hoy considerado como el mejor especialista en su ciencia, de la medicina española.»

Los madrileños enfermos afluyeron a la clínica de Enrique Lluria, y su nombre y su fama crecieron vertiginosamente, pues él puso a contribución de su especialidad su clara inteligencia y los conocimientos y experiencias adquiridos en el mejor centro de Urología del Mundo: el Hospital Necker de París, la prestigiosa Clínica de los grandes maestros Doctores Guyón y Albarrán, cuyas enseñanzas el Dr. Lluria asimiló y aplicó en el ejercicio de su profesión, a la

que se consagró con devoción, entusiasmo ilimitado y dedicación única.

Como ya en París el Dr. Lluria había sido iniciado por el Prof. Ranvier en el estudio de la Histología, aquel continuó realizando investigaciones profundas que en Madrid lo llevaron a establecer amistoso contacto con Don Santiago Ramón y Cajal, el eminente sabio español, profesor de Histología y de Anatomía Patológica de la Universidad Central de Madrid, quien a su vez fue cobrando marcada estimación y sincero afecto por el joven médico cubano, llevándolo a sus clases universitarias, a su laboratorio privado y a la intimidad de su gran corazón, pues el sabio histólogo español se había percatado del singular talento y de los sentimientos levantados de nuestro compatriota.

El microscopio, inseparable auxiliar de la Histología, muy especialmente utilizado para el estudio de la célula nerviosa, que tanto preocupaba al médico cubano, y de la que tanto sabía el histólogo y neurólogo español, fue coyuntura decisiva para la compenetración científica y base para el nacimiento de la más estrecha colaboración de ambos galenos.

La experiencia clínica del Dr. Lluria adquirida en el Hospital Necker de París, sus profundas y acuciosas investigaciones científicas en que lo iniciara el Prof. Ranvier, los perseverantes ensayos y observaciones de microscopía y laboratorio practicados con escrupulosidad científica y cálido entusiasmo juvenil, con vista al estudio histológico de la célula nerviosa, lo hicieron arribar a conclusiones nuevas en el campo de la Antropología y de la Biología, que lo llevaron de la mano al estudio de los fenómenos sociológicos y filosóficos, cuyas elaboraciones y especulaciones, llegó a afirmar, son un producto derivado de las peculiaridades de ese campo, y por consiguiente, daba lugar u origen al problema social existente en la humanidad. Esta concepción del Dr. Lluria aparece desarrollada a cabalidad en sus numerosas obras científicas y sociológicas publicadas en Europa y en nuestra patria. Fue su despertar en el mundo de la Sociología y la Política Social para tratar de los fenómenos de las comunidades y de los Estados; la conducta de los seres humanos y la socialización de la Naturaleza.

Constitución de Familia.- Desarrollo social.- Su patriotismo.

Antes de continuar adelante en la exposición de su trayectoria vital, se deja constancia de la peripecia que por esta época le aconteció y que parcialmente entorpeció sus actividades científicas normales: el amor por una cubana advino para mezclarse en su vida. Así contrajo nupcias con la dama villaclareña Doña Clara Iruretagoyena, de cuyo matrimonio le nacieron tres hijos: Enrique, que se hizo dentista en la Universidad Central de Madrid, donde se gra-

duó con calificación de Alumno Eminente y obtuvo una beca para estudiar en la Clínica de los hermanos Mayo en los E.U. de Norteamérica, que llegó a ser Dentista Auxiliar del Dr. Florestán Aguilar, Marqués de Casa Aguilar, nativo de Cuba y dentista de la familia de Borbón en el Palacio Real de Madrid, y posteriormente se radicó en París; Emilia, que se casó con un alemán y fue a vivir a Lisboa; y Teresa, que, enferma de tuberculosis pulmonar, falleció soltera en La Habana algún tiempo antes que su padre.

Después del nacimiento de estos tres hijos, muy pronto el Dr. Lluria quedó viudo por el inesperado fallecimiento de su señora esposa. Además hubo de recibir otro rudo golpe con la muerte de su padre, fallecido en Madrid en 1896. Abrumado por estas adversidades tan desgraciadas, se refugió en su Clínica y se adentró más aún en sus estudios científicos y sociológicos, sin abandonar su activa vida social que se desenvolvía entre intelectuales, científicos y amables personalidades que gozaban de alta consideración social en la ciudad del Manzanares.

Mientras esto acontecía, en su lejana Isla de Cuba natal se desarrollaba una terrible guerra sostenida por sus compatriotas cubanos por la independencia y la libertad de la patria contra el poder colonial que sobre ella ejercía la decadente y decrepita Monarquía Borbónica, cruel en la opresión política e insaciable en la explotación económica. Entonces fue cuando el Dr. Lluria convirtió su Clínica Urológica del Paseo de la Castellana, de Madrid, en un refugio gratuito para cuantos cubanos solicitaran el auxilio de su Director-Propietario, quien siempre experimentó gran placer en poder servir a sus compatriotas en el ostracismo que les imponía el gobierno despótico y opresor de la patria distante y ensangrentada. El Dr. Lluria fue un cubano que vivió la mitad de su vida en Europa y jamás renunció a su ciudadanía cubana, y tampoco lo hicieron sus hijos.

Apogeo del hombre y del científico (1895 a 1915)

Unido a Don Santiago Ramón y Cajal desde 1894 por los vínculos científicos ya señalados, el Dr. Lluria llegó a ser como un discípulo predilecto o un familiar muy querido del histólogo, a quien siempre acompañó, y presenció y aplaudió sus más altos triunfos científicos, los cuales se sucedían casi sin percatarse de ellos la generalidad de sus compatriotas españoles. En 1894, sólo unos pocos amigos —y entre éstos Lluria— fueron a despedirlo cuando embarcaba hacia Londres, invitado por la Real Sociedad de Ciencias Británica, para pronunciar el discurso principal del acto inaugural de un nuevo curso académico y para recibir la honrosa investidura del grado de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Cambridge, cuya ceremonia honraron con su presencia las más altas dignidades académicas inglesas.

Frecuentemente Lluria acompañaba al Profesor Ramón y Cajal a su cátedra universitaria madrileña y, mientras lo auxiliaba en su laboratorio privado, se impregnaba —al mismo tiempo— de la» orientaciones luminosas del sabio histólogo y neurólogo español. Así acompañó al Maestro a los actos de ingreso en las Reales Academias Españolas de Ciencias, de Medicina, y de la Lengua; a las emocionantes ceremonias de recibir los Premios de Faurelle (de Antropología); el del Congreso Nacional de Medicina, de Madrid, en 1900; la Medalla Helmholtz (de Berlín) y, finalmente, el honroso Premio Nobel de Medicina, de 1906.

En justa reciprocidad y gallarda correspondencia, el Dr. Ramón y Cajal dió al joven galeno cubano pruebas de gran estimación y de su devota amistad. Además de la compenetración de ambos en el terreno de las investigaciones científicas, sociológicas y filosóficas, también existió entre ellos afinidades ideológicas y nobles empeños comunes en el terreno de la política y de la justicia social. Ramón y Cajal perteneció al grupo de los Pí y Margall, Joaquín Costa, Pablo Iglesias, Giner de los Ríos, Unamuno, Jaime Vera y otros ilustres varones, liberales y socialista?, anarquistas, idealistas y reformadores... Y cada vez que a la Península llegaba alguna noticia sobre los desmanes del Gral. Weyler en Cuba, Don Santiago manifestaba su pena al discípulo, auxiliar y compañero cubano; y con palabras cargadas de aliento y entusiasmo lo reconfortaba y le transmitía confianza en el triunfo final de la justa causa de la liberación de Cuba.

Y cuando el Dr. Lluria dió a la publicidad su mejor obra científico-sociológica,⁽⁶⁾ fue el sabio Ramón y Cajal —que no era escritor público y jamás se prodigó— quien le escribió un honroso Prólogo, donde descubría y presentaba a Lluria, al mismo tiempo que se descubría a sí mismo en los aspectos humanístico y de filiación ideológica con referencia al vasto campo de la filosofía política, como se aprecia claramente de su lectura.

La Clínica Urológica del Dr. Lluria en el Paseo de la Castellana cobró fama insospechada. El prestigio científico de su Director hizo que se creara en su derredor una aureola de sabiduría y una gran clientela formada por la sociedad madrileña mejor acomodada. Su Consultorio era frecuentado por ricos y aristócratas españoles que propiciaron el auge económico de ese centro de servicio médico que era regido por un «grand causeur» proveniente de los salones más elegantes de Madrid y miembro distinguido del más selecto grupo de científicos de la medicina de España y de Francia, llegando a poseer la mejor clientela de enfermos del riñón y de venéreos de Madrid.

⁽⁶⁾ «Evolución Super-orgánica* (La Naturaleza y el Problema Social), por el Dr. Enrique Lluria, con Prólogo de Don Santiago Ramón y Cajal; Madrid, Librería de Fernando Fe, 1905. (272 págs.)

Así transcurría la vida del Dr. Lluria en Madrid: viudo, educando a sus hijos, entregado a sus estudios, investigaciones y experimentos, no ya solamente de Medicina en general y Biología, Urología, Microscopía y Neurología en particular, sino que también se inició en el estudio del intrincado campo de los problemas sociales de la humanidad, y al mismo tiempo concurría con cierta asiduidad a elegantes actos sociales de la culta urbe madrileña.

En alguno de esos actos tuvo oportunidad de conocer y tratar a la señora Dña. María Vinyals, Marquesa viuda de Don Juan Jordán de Urríes, sexto Marqués de Ayerbe, Grande de España, y sobrina de Don Antonio Aguilar y Correa, Marqués de Mos y de la Vega de Armijo. La Marquesa de Ayerbe tenía un entenado: Don Jacobo Jordán de Urríes y Vieira de Magalhaes, actual Marqués de Ayerbe; era heredera del Castillo de Mos en Sotomayor, provincia de Pontevedra, en Galicia; mujer talentosa y culta escritora feminista de abolengo liberal y progresista. Era joven, alta, hermosa y muy distinguida; (de «escultural» la calificó el cronista Almagro); y poseedora de varios idiomas y de la refinada educación y maneras cortesanas adquiridas en palacios y cortes de monarcas europeos adonde concurrió con su difunto esposo el Marqués de Ayerbe, Embajador que fue de S. M. el Rey de España en los reinos de Portugal, Austria-Hungría, Turquía, y otros.

Lluria, hombre apuesto, cultísimo y gentil, de modales exquisitos y de vida a lo gran señor, trabó estrecha y cálida amistad con la Marquesa de Ayerbe y formaron una de las parejas más elegantes de Madrid. Ambos acudían juntos a los actos sociales más selectos de la alta sociedad madrileña, —donde llegaron a ser hasta árbitros de la moda,— y en más de una oportunidad honraron las recepciones diplomáticas de la Legación de Cuba en España.

Este idilio culminó en 1905 con el matrimonio de la enamorada pareja. Y de este segundo enlace matrimonial nació un hijo: Roger Lluria y Vinyals. Ambos esposos se amaron entrañablemente. Ella reunció a sus títulos y prerrogativas sociales; desde entonces se firmó «María de Lluria»; trató a su esposo con mimos maternos cargados de ternura y amor; y compartió con él todas las aventuras: las de la alta vida social, y también las vicisitudes y calamidades que le acarrearón su vida de escritor público e incisivo adocrinador revolucionario.

Lluria se adentró más y más en los estudios sociológicos y, con sublime espíritu de creciente rebeldía, expresaba en sus escritos y conferencias sus altos ideales de redención, eminentemente revolucionarios aunque de tendencias no estrictamente definidas, pero todas impregnadas de sinceras fórmulas de justicia social para los menesterosos de la humanidad. Y al mismo tiempo que expresaba sus pensamientos, predicaba con el ejemplo iniciando sus consultas gra-

tis para los pobres. Pero también comenzaba a proyectarse sobre su trayectoria vital una sombra maléfica...

Además de la publicación de sus obras científico-sociológicas, el Dr. Lluria ingresó en el Partido Socialista Obrero, que años antes (1871) gestara, entre otros, el cubano Pablo Lafargüe, tras sus accidentadas y escabrosas giras por Inglaterra, Francia y España.

En la tierra de Cervantes y de Cajal ese Partido estuvo presidido por el fogoso orador revolucionario Don Pablo Iglesias Posse. Y por estos derroteros del más puro ideal marchó resueltamente el joven médico y sociólogo, en pos de las vías capaces de conducirlo a la solución del pavoroso problema político, económico y social que padece la humanidad. Iniciado por Ranvier en Francia, Lluria en España aumentó su preocupación humanística, y su apasionado amor por la ciencia médica se trocó por la más vehemente pasión por las reformas sociales al conjuro de la evolución en el tiempo y de emulación generosa al contacto de hombres de superior calidad humana. Con el histólogo y humanista Ramón y Cajal arribó, por el hilo del ideal, a los predios de liberales y federalistas, de socialistas y anarquistas: españoles todos que integraban y coloreaban el tablero complejamente policromado de la política subversiva: Pi y Margall y Unamuno; Felipe Trigo y Ortega y Gasset; Giner de los Ríos y Pablo Iglesias; Albornoz y Prieto; Ferrer Guardia y Pablo Iglesias; Jaime Vera y Mesa Llompert... Y así nos percatamos de cómo el Dr. Lluria, el reputado médico de envidiable posición económica, impulsado por su honradez de conciencia, por su lealtad a la verdad científica y su amor a los altos ideales que sustentaba, con singular superioridad de espíritu, abandonó todo su bienestar, sacrificó su alta posición social y se alistó en el movimiento revolucionario español.

Inicio de la decadencia económica.- Reacción efímera en el Castillo de Mos.

Sus libros explosivos causaron positiva conmoción entre su clientela rica y aristocrática, clase para la cual las teorías y doctrinas contenidas en ellos, así como las prédicas de su autor, le resultaban ciertamente, más que revolucionarias, demoledoras, aplastantes, catastróficas. . .

Lluria fue divorciándose gradualmente de su medio; se distanció de la aristocracia, de los ricos terratenientes, de los comerciantes y el clero: castas de preponderante y decisiva influencia, tanto en la España borbónica, rancia y decadente de antaño, como en la yanqui-falangista, de misa obligada, miseria, prisión y paredón, de hogaño.

Lluria trocó su excelente posición por la de pobreza económica que, dentro del sistema capitalista-mercantilista, siempre acarrea y

lleva el ideal de justicia social, cultura, progreso y libertad en favor de los pueblos oprimidos, sojuzgados y explotados de la Tierra. Guiado por el ideal encarnado en Don Pablo Iglesias —a quien admiraba profundamente— Lluria marchó por tan luminoso como escabroso sendero, acompañado de su esposa, María, cuyo amor por marido la llevó como de la mano a soportar con cierta complacencia y estoicismo el terrible vía-crucis que representaba el lujo de mantener los altos ideales apuntados, agravado aún más el caso si se tiene en cuenta el supino atraso de España.

La familia Lluria comenzó a sentir el rigor de la presión ejercida por la alta clase dominante; su situación económica se tornaba adversa y una sombra deambulaba y torturaba mentalmente al prócer biografiado, quien al fin vióse obligado, en unión de su esposa y de sus hijos, a abandonar la ciudad de Madrid en el año de 1909, trasladándose con su Clínica Urológica del Paseo de la Castellana y refugiándose en el Castillo de Mos, que su esposa Doña María Vinyals, Marquesa de Ayerbe, había heredado de su tío el sexto Marqués de Mos y de la Vega de Armijo, Don Antonio Aguilar y Correa, abogado y político español de tradición liberal y constitucionalista de tendencias progresistas.

El Castillo de Mos, de pétrea y sólida construcción medieval, situado a 240 pies sobre el nivel del mar y junto a una carretera, cerca de la ciudad de Vigo y desde cuyas terrazas se divisa el océano Atlántico, está ubicado en una comarca de terreno montañoso que produce vides, cereales y hortalizas. Es un castillo señorial que posee todos los atributos: recinto amurallado, torres y cortinas, fosos y puentes, capilla, sala de armas, museo con armaduras medievales y demás dependencias. En la capilla estaba enterrado el Marqués de la Vega de Armijo, el tío de María, la esposa de Lluria.

El Dr. Lluria instaló su Biblioteca, su Clínica Urológica, su Consultorio y un Sanatorio con capacidad para cincuenta enfermos en el Castillo de Mos y, tras las adaptaciones necesarias, logró constituir un centro médico modernísimo, con los últimos adelantos de la época: teléfonos, telégrafo, ambulancias, enfermeras modernas, médicos auxiliares, dispensario para emergencias, estafeta postal y el equipo instrumental más moderno: «toda una renovación contemporánea en una región detenida mentalmente en el siglo XIII o XIV» —afirma el cardiólogo Filomeno Rodríguez.

Otra vez el Dr. Lluria comenzó de nuevo y todo marchaba relativamente bien.

En el año de 1911, Enrique Lluria envió a Cuba los pasajes correspondientes para que sus dos hermanos por parte de padre, señores Ricardo y Eduardo Lluria fuesen a España y convivieran con él durante algún tiempo en el Castillo de Mos. Dos años permanecieron

en la Península los hermanos, regresando a Cuba en el año de 1913. A Ricardo, que aún vive en Matanzas, le agradecemos valiosos datos y relatos ricos en detalles en la evocación de escenas y peripecias que parecen fantásticas, que nos lucen llenas de quimeras y del encanto de un sueño; pero que realmente acaecieron en la vida accidentada y turbulenta del eminente médico y sociólogo cubano, hijo de Matanzas.

Diariamente los hijos de Lluria se trasladaban a la cercana ciudad de Vigo para estudiar o simplemente leer revistas y periódicos y pasear.

La clientela de ricos y pobres de la comarca acudían regularmente a las consultas **médicas** de la **gran** clínica del Castillo de **Mos**, como a «la clara luz que ilumina una región anacrónica, profundamente clerical, enormemente atrasada» ⁽¹⁾ pareciendo que disipaba el polvo, las telas de araña y las leyendas ancestrales del vetusto castillo gallego. Los ricos terratenientes, comerciantes y aristócratas pagaban sus consultas. A los pobres el Dr. Lluria no les cobraba.

Esta actitud de fidelidad con sus prédicas, de conducta ajustada a sus ideales y a su conciencia, unida al contenido ya conocido y comentado de sus libros y conferencias eminentemente revolucionarias o, a lo menos, reformadoras, fue señal para iniciar en la región el descubrimiento del pensamiento del insigne hombre que nos ocupa.

Cundieron los rumores, los infundios, las murmuraciones. No era posible la subsistencia de un hombre y de una organización contemporáneos en un ambiente medieval dominado por los privilegiados aristócratas y terratenientes, los curas anticristianos, los políticos corrompidos y los labriegos analfabetos. Toda la comarca se sintió como amenazada por «el diablo habitante del castillo», es decir, por el enemigo de las costumbres e ideas seculares, arraigadas y prevalecientes en que vivían. Y así, los caciques de la economía del lugar, terratenientes, políticos, clero y beatas, urdieron una vasta conspiración contra el morador del Castillo de Mos. Los clientes se alejaban, la correspondencia no llegaba a su destino, los hilos telegráficos fueron interceptados, el fluido eléctrico fue cortado y hasta el agua llegó a faltar. El Dr. Lluria llegó a temer por la vida de su mujer y de sus hijos y dejó de enviarlos a lugares distantes y....—como dice Domenech Vinajeras—«dentro del castillo solitario y polvoriento deambulaba una sombra».

En menos de dos años la moderna y excelente Clínica Urológica del Dr. Lluria comenzó a languidecer; fue quedándose vacía: nadie se atrevía a visitarla; sólo los pobres acudían al Dispensario «para recibir las consultas gratis»... y sobrevino una lucha inaudita por la subsistencia. La soledad se enseñoreó del lugar, y el gran esfuerzo concluyó con el fracaso total y el derrumbe de la más cara ilusión de su generoso fundador.

El viejo castillo volvióse a tornar lúgubre y misterioso, y tras la ruina final, el Dr. Lluria y su mujer quedaron solos como fantasmas, cual espectros deambulantes por aquel paraje inhóspito, aislado de todo lo circundante, agredidos económicamente y desconcertados espiritualmente.

Una de sus últimas actuaciones públicas en España se anota con motivo de la aceptación de la invitación que hubo de formularle la «Casa del Pueblo», de Madrid, para que dictase una conferencia, acto que se verificó el día 16 de diciembre de 1915, en que el Dr. Lluria disertó sobre «La paz futura y el Socialismo Internacional», trabajo que constituye uno de los últimos destellos de su mentalidad vigorosa y cultivada.

Todo esto y otras cosas más acontecían; los males se acentuaban y la crisis final se produjo hacia fines de 1918. Entonces fue cuando el Dr. Lluria decidió abandonar a España y volver a su patria natal.

Regreso a Cuba. Consultorio en La Habana.

Realizando todos sus bienes—que ya eran muy escasos—el Dr. Lluria adquirió sus pasajes y embarcó hacia Cuba, acompañado de su esposa Doña María, de su hija Teresa (del primer matrimonio), y de su hijo Roger, vástago adolescente del segundo matrimonio. A la Capital de su patria arribó de incógnito en los inicios del año 1919 y, calladamente, lloró al pisar tierra cubana: se sentía abatido, destrozado, vencido. . . En deplorable situación económica y moral, quien otrora gozara de la alegría y felicidad que proporcionan la salud, la gallardía, el bienestar económico, la bienquerencia, la consagración científica, la gloria inmarcesible. ...

Pero la vida lo obligó a comenzar de nuevo, por tercera o cuarta vez, cuando ya su organismo de recia contextura declinaba víctima de los efectos de los últimos descalabros.

Ya en La Habana, el Dr. Lluria y su familia se hospedaron provisionalmente en la residencia señorial de su primo hermano Don Angel Lluria y Sánchez, nonagenario que vive en la misma casona solariega de la Calzada del Cerro No. 1907 (antes No. 793)

Había regresado a su patria después de cerca de treinta años de ausencia, cuando ya tenía 56 años de edad: cansado de sus intensos estudios realizados; de la publicación de sus libros; de la denodada lucha sostenida frente a la incomprensión del medio lleno de ignorancia y fanatismo; de su fuerte quebranto económico, y de otras peripecias y trastornos morales que torcieron más de una vez su camino...

Desprovisto de los más indispensables medios económicos, y hasta de instrumental científico, sólo recibió auxilio de su primo hermano Don Angel Lluria y Sánchez, y de sus amigos y compañeros

médicos los doctores José Luis Ferrer y Jenckes, Diego Tamayo Figueredo y Antonio Díaz-Albertini Mojarrieta. Lluria tenía que reorganizar su vida; su título de Médico de la Universidad de Barcelona tenía validez en Cuba, y tras una extensa entrevista sostenida con su generoso compañero el Dr. J. L. Ferrer Jenckes, quedó acordado que aquel pudiese ofrecer sus consultas en el gabinete de éste, establecido en la casa No. 359 (antes No. 51) de la calle de Obrapia, donde permaneció algunos años, auxiliado por el entonces estudiante de Medicina y hoy médico, Dr. Rafael Ferrer y del Castillo.

Ya regularmente instalado, Lluria se dedicó a su especialidad: la Urología, el cateterismo y a su maniobra masoterápica para fijar el riñón flotante prescindiendo de la intervención quirúrgica, procemiento que fue muy discutido y hasta negada su eficacia; pero aún existen casos de personas que atestiguan y confirman los triunfos obtenidos por el ilustre médico. Pero si es cierto que triunfó en algunos casos, actualmente se presume que existía algún secreto que él se llevó a la tumba. Primeramente había que llevar el riñón flotante a su cavidad natural y, después de llevado a su sitio, fijarlo o atarlo allí. Mediante la cirugía la operación no ofrece dificultad alguna y se realiza corrientemente. La técnica utilizada por el Dr. Lluria evitaba la operación, sólo utilizaba un masaje especial y reiterado mediante el cual reducía el riñón, lo introducía en su cavidad y aquí quedaba fijado. Este procedimiento el Dr. Lluria hubo de ponerlo en conocimiento de la Academia de Ciencias de La Habana, en una memoria intitulada «Técnica para la fijación del riñón móvil», que presentó en la sesión celebrada el día 16 de mayo de 1924, provocando reacciones disímiles, pero generalmente a «sotto voce».. .

La familia de Lluria hubo de instalarse en una casa ubicada en el Reparto La Sierra, en Marianao, donde al poco tiempo falleció su hija Teresa, víctima de tuberculosis pulmonar.

En 1921, su esposa, Doña María de Lluria, colaboró en la Revista «Social», donde publicó algunos cuentos y narraciones frívolas.

En el consultorio del Dr. Ferrer, el Dr. Lluria fomentó su clientela particular y lo cierto es que cobraba altos honorarios y ganó mucho dinero; pero jamás se supo o conoció el salidero por donde se escapaban sus considerables ingresos. . . Y posteriormente su primo Don Angel le propició la oportunidad de establecer su gabinete y consultorio propios, tomando en arriendo una casa de la calle de San Miguel muy próxima a la calzada de Belascoaín (actualmente P. Varela), donde el médico fue visitado y estimulado por grupos de trabajadores cubanos, que ya lo conocían a través de sus libros, correspondiendo con ellos dictándoles algunas conferencias en sus gremios o sindicatos y obsequiándolos con algunos folletos de sus conferencias dictadas en España sobre tópicos sociológicos y sociales.

Otra actividad de Lluria en La Habana fue la de presidir el Grupo «Clarté», ideado por Eusebio Adolfo Hernández y similar al existente en París bajo la orientación de Henri Barbusse, y era una asociación de amigos de la Revolución Socialista Soviética que halló eco en varios países. Bajo la presidencia del Dr. Lluria, el Grupo «Clarté» dió algunas señales de vida, como la conferencia dictada por el Sr. Bernardo Merino sobre «La responsabilidad de los intelectuales ante la Revolución Social».

También consiguió el Dr. Lluria reproducir en nueva edición habanera su libro «Humanidad del Porvenir»; pero ya su organismo había rebasado los 60 años y declinaba bajo los embates de su terrible mal y la discordancia con el mundo de los intereses creados que lo perseguía con saña y sin piedad. El mal se acrecentó y la víctima sintióse anonadada o turbada por vicisitudes, calamidades y descalabros, económicos y morales. En su inquieta y azarosa vida deambulaba una sombra... Y cada vez que esta sombra se proyectaba provocando algún accidente lastimoso y muy penoso que denunciara o descubriera su pernicioso mal, el Médico—abochornado— abandonaba el lugar y buscaba nuevo ambiente y clientes desconocidos. Como antes abandonó el Paseo de la Castellana y el Castillo de Mos, ahora abandonó La Habana para refugiarse en la ciudad de Cienfuegos, marchándose solo y pretextando la atención debida a un paciente y con la intención de continuar viaje a la República de México.

Su último refugio: Cienfuegos.-Su muerte y su, sepelio.

Refugiado desde marzo de 1925 en la «Perla del Sur», el Dr. Lluria tomó en arriendo la casa No. 161 de la calle de San Carlos (Doc. N° 4) e instaló su consultorio médico y gabinete de Urología. Allí vivía solo, discretamente, ejerciendo su profesión y cultivando la amistad y la admiración de los intelectuales y de distinguidos galenos cienfuegueros, que apreciaron su talento y se percataron de su alto prestigio científico y literario, llegando a tratarlo como Maestro de la medicina y de los Estudios Sociales. Así los señores Dr. Regino de la Arena; Dr. Ramón Castillo; Dr. Rogelio Avello; Dr. Miguel Villalvilla; Dr. Manuel Ramírez; Sr. Florencio R. Velis; los Dres. Domingo, Mario y Orfilio Urquiola; Dr. Samuel Ordext; Ledo. José González Contreras; Sr. Alfredo Mocosaín; Sr. Julián García Martínez; Dr. Bienvenido Rumbaut y otros.

Su vida parecía discurrir serena y plácidamente; pero lo cierto fue que no pudo sustraerse del mal que ya lo dominaba: su voluntad enervada y relajada fue insuficiente para reaccionar contra sus terribles estragos... Y por última vez volvió a presentársele.... Una de las inyecciones de morfina que se aplicó hubo de infectársele; se le declaró una septicemia fulminante e inesperadamente falleció en la

mañana (a las 12 y 40 a. m.) del día 7 de octubre de 1925, a los 63 años de edad. (Doc. N° 5).

Sus generosos y hospitalarios amigos de la «Perla del Sur», más que amigos fueron sus hermanos en la dolorosa faena de darle sepultura al médico, al sociólogo y al amigo que admiraban, respetaban y querían entrañablemente. Así lo atendieron hasta el día de su muerte, y después realizaron todo cuanto fue menester para verificar su sepelio y un enterramiento digno de la alta figura que sucumbía prematuramente. (Docs. 6 y 7).

Tras la publicación de la esquela mortuoria y las notas periodísticas publicadas en la prensa local (diario «La Correspondencia») —entre ellas un hermoso editorial— a las 4 y 30 de la tarde del propio día 7 de octubre se verificó el entierro en el Cementerio de Cienfuegos, acto que fue presidido por su viuda, su hijo menor (Roger) otros familiares y sus amigos fraternos.

La viuda del Dr. Lluria, Doña María Vinyals, y el hijo de ambos, Roger, retornaron a la ciudad de La Habana y quedaron en absoluto desamparo y la situación económica y social de ella llegó a tal extremo de gravedad que vióse comprometida en situaciones muy penosas y desagradables, punto culminante de la crisis que decidieron resolver algunos familiares y antiguos amigos del Dr. Lluria, quienes proporcionaron a sus deudos, viuda e hijo, los pasajes para que embarcasen hacia México y después a España, donde Roger, que padecía de precaria salud, falleció al poco tiempo.

Antes de arribar al final de este trabajo de tipo biográfico es correcto y útil que se deje constancia de su producción científica y literaria, que fue más intensa que extensa.

Noticias Bibliográficas de Enrique Lluria.

- 1 Su primer trabajo data del año 1889; se presume que fue su tesis de grado en la Universidad de Barcelona, intitolado: «Antisepsia de las vías urinarias».
- 2 Le siguió un trabajo realizado en colaboración con el Dr. Joaquín Albarrán y que intitoló «Cateterismo permanente de los uréteres», presentado por ambos autores en la Sociedad de Biología de París, en julio de 1891.
- 3 Un estudio intitolado «El medio social y la perfectibilidad de la salud», publicado en Madrid, en 1898, (folleto). Es un notable trabajo médico-social.
- 4 «Proyecto de ensanche y estación invernal de Sevilla: Importación en España de los juegos de Sport», folleto publicado en Madrid, en 1901.

- 5 Un trabajo intitulado «Nuevo modelo de separador de orinas», (que viene a ser una modificación del aparato de Lambotte), presentado en el Congreso Médico de Madrid de 1903.
- 6 «Evolución Superorgánica (La Naturaleza y el Problema Social) », con Prólogo de Don Santiago Ramón y Cajal, publicada en Madrid, en 1905; es su mejor obra, científica y literariamente considerada.
- 7 Su libro «Humanidad del Porvenir», (considerado la segunda parte de «Evolución Superorgánica») con los subtítulos siguientes: «Hacia el Porvenir»; «Continuidad de la Sociología con las Ciencias Naturales»; «La máquina a favor de la humanidad según las leyes naturales»; «La sobreproducción»; «Idea social»; y Epílogo por Carlos Malato. Barcelona, 1906. (Reproducida en La Habana en 19...).
- 8 «La paz futura y el socialismo internacional» o «El Problema del Trabajo y la Paz Internacional», conferencia dictada en la «Casa del Pueblo», de Madrid, el 16 de diciembre de 1915. Publ. en folleto en Madrid, 1916.
- 9 «Técnica para la fijación del riñón móvil», memoria leída en la Academia de Ciencias de La Habana, en la sesión de 16 de mayo de 1924, (inédita).
- 10 Varios folletos que recogen conferencias dictadas desde tribunas académicas y también de sindicatos de trabajadores.

Estas obras de Enrique Lluria han merecido honrosos elogios de eruditos europeos de reconocido prestigio, como el histólogo español Don Santiago Ramón y Cajal; el escritor revolucionario francés Carlos Malato, anarquista fundador de la Liga Cosmopolita; Don Miguel de Unamuno, el eminente profesor de Salamanca; Don Francisco Ferrer Guardia, rebelde español que murió fusilado por defender sus ideales; Luis López Ballesteros, político y literato español oriundo de Puerto Rico; Don Pablo Iglesias, dirigente del Partido Socialista Obrero Español; el sabio profesor Don Gregorio Marañón; Carlos del Río, el periodista Luis Morote; Alberto del Valle; Dr. J. Rodríguez Martínez; el biógrafo de Cajal, Profesor ecuatoriano Monteros Valdivieso y otros conocidos escritores y científicos como los cubanos Eusebio Hernández, Joaquín Albarrán, Juan Antiga, Fernando Ortíz, Raimundo Cabrera, Jesús Castellanos, Mario Luque, Pedro Henríquez Ureña, Ramón Catalá, José Manuel Carbonell, Francisco Domenech Vinajeras, Carlos M. Trelles Govín, Angel de la Portilla, Filomeno Rodríguez, Miguel A. Beato, Diego Tamayo, José Manuel de Ximeno, Hortensia Lamar, José Luis Ferrer Jenckes, Florencio R. Vélis, Rafael Ferrer del Castillo y otros.

La índole de este trabajo, meramente biográfico, no permite un análisis exhaustivo de la producción científica y literaria del autor

de referencia, y menos aún arribar a conclusiones en cuanto a lo positivo y lo negativo de su obra, ni a la declaración de vigencia o no de sus tesis científicas y de sus pronunciamientos socio-político-filosóficos, porque la magnitud de la empresa requiere de otros estudios o conferencias complementarias que sean desarrollados por médicos y especialistas que se adentren en las cuestiones planteadas y teóricamente resueltas en los libros y conferencias de Enrique Lluria, los analice y pondere, y nos ilustre después en torno a lo positivo o vigente que aún perdura de la obra del insigne médico y sociólogo cubano.

No obstante, ha llegado a nuestro conocimiento que sus pronunciamientos científicos sobre Neurología son certeros y están vigentes, y también —aunque parcialmente— los de Biología y Urología. También puede afirmarse que en el campo sociológico y de la filosofía política, algunas de las tesis tuyas han sido superadas; pero otras están en vigor, como se deduce de la simple constatación de algunas realidades imperantes con los textos que se reproducen a continuación:

«La Humanidad actual se ha apartado desdeñosamente de la Naturaleza, habiendo ocasionado esta sistemática y perpetua violación de las leyes evolutivas, irritantes desigualdades y torturantes dolores y miserias».

En una tesis perfectamente original, el Dr. Lluria aplicaba las leyes de la Neurología humana a todo el organismo social, y decía:

«La ley de la evolución nos permite pensar que no ha de ser el hombre el término definitivo de la escala natural: así pues, debemos ir preparando el camino a los organismos del porvenir, mejorando las condiciones de vida de la especie humana, con lo cual la selección de los mejores tipos se encontrará favorecida».

.....
«La Naturaleza es el patriotismo de la humanidad». «Ha llegado la época de la socialización de la Naturaleza»....
«de una parte la madre tierra, valiéndose de las máquinas, asegurará la vida vegetativa, podigando todos sus elementos con la misma magnificencia con que prodiga el aire y la luz, y de otra parte, el mundo de las ideas progresando en las Ciencias y en las Artes.»

«El esclavo de acero sustituirá por completo al hombre.»

Para la redención económica de la humanidad, el autor de «Humanidad del Porvenir» esperaba la solución del problema del resultado de la organización de sociedades cooperativas de producción y consumo, como primera etapa, y la fusión de las mismas en grandes núcleos, como etapa subsiguiente, y decía:

«Facilitando la vida vegetativa por la extraordinaria baratura de los artículos y aquí se estima como precio la cantidad de esfuerzo humano—irá declinando el régimen capitalista, por no tener razón de ser, ni campo donde explotar, ya que no habrá hombre previsor que no se halle afiliado a una federación en comunidad.... La burguesía y el proletariado quedarán confundidos.... La desaparición de los Estados y los antagonismos que sostienen ejércitos y marinas, es cosa consecuente.»

De su famosa conferencia intitulada «La Paz Futura y el Socialismo Internacional», leída por su autor en la «Casa del Pueblo», de Madrid, en 1915, se toman algunos párrafos que son consagratorios de su genio, a saber:

«Lo monstruoso y absurdo no puede vivir».

«Esta civilización, ejemplar vivo de todos los antagonismos y de todos los rencores, ha llegado a un momento de su historia en que su vida engendra la ponzoña que corroe y mata. Esta lucha de naciones es el naufragio completo de una civilización falsa, errónea, en plena contradicción con la Moral y el Derecho, con sus principios religiosos y con toda esa amalgama de egoísmos que se llama política».

El ensayista de ideas originales, el pensador visionario de un futuro justo y feliz, y el pacifista preocupado se descubre nítidamente en los textos siguientes:

«El hombre del porvenir tendrá una ética tan distinta que esa recopilación de biografías, más o menos auténtica, que se llama Historia, en la que colaboran a porfía la fantasía el interés o el miedo, el servilismo o la hipocresía, los intereses religiosos o políticos y todas las pasiones humanas, servirá tan solo para maldecir a los jueces y los verdugos de ayer y de hoy, cuyas pobres y míseras conciencias les prestan la ilusión de una moral dúctil y adaptable a todos los egoísmos y torpezas. La única Historia que subsistirá será la de los hombres cuya abnegación e inteligencia han servido para encauzar el curso de la Humanidad hacia su verdadero fin, que es el bien».

«Esta civilización, en las convulsiones de su agonía, derrumbará los falsos ídolos que vienen a constituir las piedras angulares del actual edificio social».

«No cabe duda que el instinto y la conciencia universal, doloridos, horrorizados, agucen el entendimiento y templen su voluntad, para que, una vez restablecida la paz, llegue la hora de la justicia, y que de modo inexorable adopte medi-

das que pongan a salvo la Humanidad para que nunca jamás la voluntad de un hombre pueda ser causa de una guerra».

En cuanto a sus ideas económicas, transcribo unos breves párrafos suyos que dan una visión amplia de su preocupación por el mejoramiento de los explotados y desheredados; él decía:

«la humanidad dispone en las máquinas modernas, de unas manos gigantescas, que pueden producir, sin fatiga y sin tasa, transformando y aprovechando para su uso, todos los frutos y materias primas que produce la agricultura y la industria. Ahora bien, la humanidad tiene un límite de su consumo, y en cambio la máquina no tiene límite para producir; y de ahí resulta un tristísimo espectáculo: que millones de seres no tengan lo necesario para comer y que las angustias que traen consigo el hambre y la miseria, con un pequeño esfuerzo de la maquinaria, bastaría para saciar todas las necesidades y calmar todas las angustias. ¿Puede alguien dudar que las máquinas, convenientemente manejadas, producirían mucho más de cuanto puede necesitar la humanidad? Así se comprenderá cuán inmensamente injustas son todas las miserias y necesidades que sufre el hombre.»

Y para terminar estas ilustraciones, un último párrafo debido a tan ilustre médico, y uno de los precursores del movimiento socialista en nuestra América: Dijo Lluria:

«La humanidad es una fuerza en progresión. El progreso no se detiene y por todas partes se fraguará su camino, aunque sea sembrando la muerte. La humanidad es una fuente de vida inagotable, y cuando se le cierra el paso, esa misma vida—más fuerte aún que la muerte—hará surgir la nueva civilización de sus propias ruinas.»

Un biógrafo de Enrique Lluria, comentando sus obras que le consagran como pensador originalísimo y de robusta personalidad, ha dicho de él lo siguiente:

«Supo aliar, en estrecha y feliz conjunción los datos irrefutables de la ciencia positiva, y las especulaciones ideales del progreso futuro». Lluria aunó la ciencia biológica con el ideal social soñado por la Humanidad. Sus vastos conocimientos en la ciencia que explicaba en la Universidad Central de Madrid el sabio profesor español y amigo entrañable de Lluria, lo llevaron a realizar meditados y cuidadosos estudios sociológicos y filosóficos, y con este inmenso caudal de conocimientos acumulados, experimentaba idealmente en el crisol de su portentoso cerebro, obteniendo lo que estimaba: el sumum de practicidad del ideal.

CONCLUSIONES :

Enrique Lluria y Despau, médico, biólogo, urólogo y sociólogo cubano, nacido en la ciudad de Matanzas el día 23 de febrero de 1862, y fallecido en la ciudad de Cienfuegos en la madrugada del 7 de octubre de 1925, fue un distinguido hombre de ciencias y un talentoso escritor que se cultivó y superó para ser útil a la humanidad; cubano que siempre estuvo orgulloso de su ciudadanía y auxilió a sus compatriotas emigrados en París y en Madrid. Fue hombre generoso y armonioso: amó el progreso, la perfección humana y la felicidad de los pueblos. Señaló males y remedios, y sus prédicas son respetables: algunas gozan de vigencia. Sus ideales humanísticos lo convirtieron en sociólogo, investigador y autor de obras que denotan profundos estudios científicos, recia voluntad y depurada cultura. Y quemó su vida en aras de sus altos ideales: combatiendo el fanatismo y la hipocresía, la incultura que acarrea errores, la esclavitud y la explotación de los seres humanos, y abogó por la socialización de la Naturaleza, la superación cultural, la higiene pública, la justicia social, el progreso, el bienestar, la felicidad y la paz.

Es por ello que merece la gratitud de Cuba y de todo el género humano.

La Asociación Amigos de la Cultura Cubana, de su ciudad natal, para honrar su memoria ha creado la Biblioteca Pública que lleva su nombre, es decir, un monumento erigido a la cultura, la civilización, el progreso y la paz, donde se le rinde culto y pleitesía al talento y a la ilustración desde su acto inaugural, acaecido el día 24 de noviembre de 1940; pero el establecimiento ha tenido la desdicha de llevar una vida similar a la de quien le dio su nombre. La Biblioteca Pública «Enrique Lluria» ha sufrido múltiples embates y agresiones, remotas y recientes, que han hecho su vida accidentada e inestable en altos grados.

Matanzas, 23 de febrero de 1968.

A N E X O S

(DOC. N.º. 1)

CARTAS DE LLURIA

Iltrmo. Sr. Rector de la Real Universidad de La Habana.

El alumno D. Enrique Lluria y Despau, natural de Matanzas, matriculado en el curso de Ampliación de Medicina a V. S. respetuosamente expone.

Que habiéndose hallado enfermo cumplió el número de faltas que prescribe el reglamento, por lo cual fue borrado por primera vez de la asignatura Mineralogía y Zoología.

A V. S. suplica, se digne rebajarle el número de faltas necesarias para poder ser admitido a dicha asignatura.

Gracia que espera merecer de S. Iltrma., cuya vida guarde Dios muchos años.

(fdo.) *Enrique Lluria Despau.*

Habana y Marzo 3 de /80.

(DOC. No. 2)

La carta que antecede tiene una nota marginal firmada por el Rector doctor Nicolás Gutiérrez de fecha 11 de marzo de 1880, que dice: «Informe el catedrático». Y al dorso se lee el informe siguiente:

Ilustrísimo señor Rector:

El alumno D. Enrique Lluria fue borrado por la vez de mi Libreta el 26 de Febrero próx. pdo. por faltas de asistencia voluntarias e involuntarias y alguna por pena impuesta por V. S. Itma.; ninguna por razón de las vacantes de Navidad.

Ha tenido en clase buena conducta:

Su nota de aprovechamiento es baja.

Habana, 11 de Marzo de 1880.

(fdo.) *Felipe Poey*

Y debajo de este informe se lee:

12 de Marzo de 1880.

Se rebaja el tercio de faltas a condición de no ser examinado hasta Spbre.

El Rector

(fdo.) *Gutiérrez*

(fdo.) *Nicolás Gutiérrez*

Se comunicó al Sr. Catedrático.

(DOC. No. 3)

Excmo. e Ilmo. Sr. Rector de la Real Universidad de La Habana.

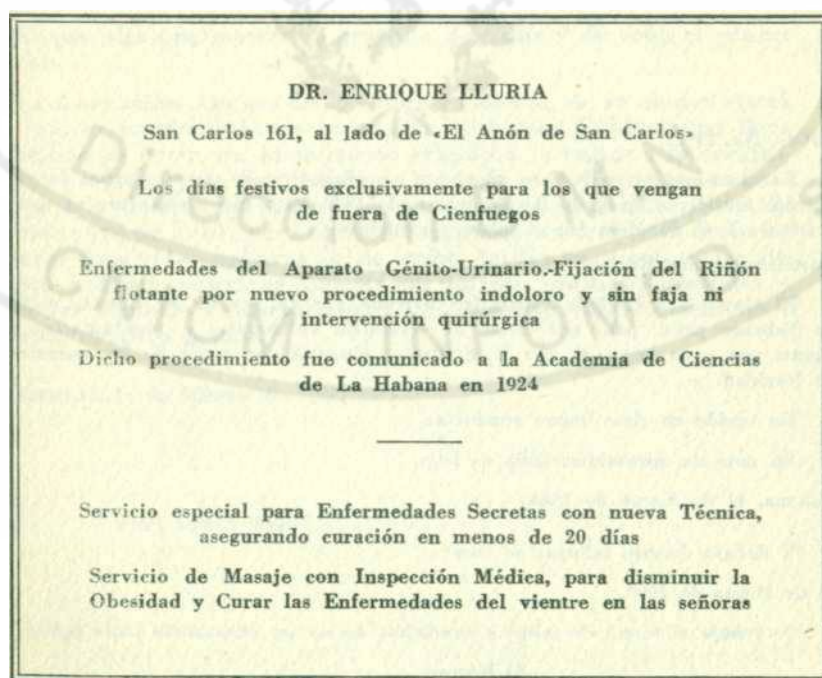
D. Enrique F. Lluria y Despau, a V. S. con el debido respeto expone que necesitando acreditar en la Universidad de Barcelona las asignaturas de Medicina y Ciencias que tiene cursadas y probadas en esta Universidad, por tanto ocurre,

a V. lima, se digne disponer que por la Secretaría General se remita de oficio el extracto de su expediente académico al Sr. Rector de la Universidad de Barcelona.

Gracia que espera merecer a V. S. cuya vida guarde Dios muchos años. Habana, 25 de Julio de 1886.

(fdo.) *Enrique Lluria y Despau*

(DOC. No. 4)



(Anuncio permanente fijado por el Dr. Lluria en el diario cienfueguero «La Correspondencia»).

EL DOCTOR ENRIQUE LLURIA

Anoche a las doce y cuarenta dejó de existir en su domicilio de San Carlos 161 el doctor Enrique Lluria, tras rapidísima dolencia, cuyo fatal progreso no pudieron contener los expertos facultativos Avello y Villalvilla, que lo asistían.

El doctor Lluria, conforme dijo en otras ocasiones este periódico, basándose en los antecedentes honrosos que tenemos de él, unas veces, y otras reproduciendo artículos encomiásticos para su personalidad científica, debidos a la pluma de los doctores Antiga, Eusebio Hernández y otros, era un médico eminente, que ejerció su profesión con gran brillo en Madrid, Barcelona, Bayona y París, en esta gran capital al lado de su compañero y amigo entrañable, el doctor Joaquín Albarrán, en cuyas obras tuvimos oportunidad de ver citado con elogio el nombre de Lluria, quien por haberse enfermado gravemente en España, se vio precisado a regresar a La Habana, donde continuó imposibilitado de dedicarse por entero al ejercicio de su profesión debido a su mal estado de salud, hasta que mejorado, decidió trasladarse a México, pasando antes por Cienfuegos, a donde llegó en el mes de marzo de este año, resolviendo instalarse aquí por tiempo indefinido, no sólo porque enseguida se hizo de una clientela numerosísima, sino porque los aires de la ciudad le sentaron y la estancia en ella se le hizo muy agradable.

El doctor Lluria se dedicó con gran éxito al tratamiento de las enfermedades de las vías urinarias e hizo de la fijación del riñón móvil, sin necesidad de operación, una especialidad, todo lo cual le proporcionó muchos triunfos.

Además de gran médico fue un gran escritor habiendo causado gran sensación en Madrid y toda España, entre otras, sus obras «El Medio Social y la Perfectibilidad de la Salud», «La Humanidad del Porvenir», y «La Naturaleza y el Problema Social», esta última con prólogo del sabio histólogo español doctor Santiago Iñamón y Cajal, que tenía los méritos del doctor Lluria, de quien era además excelente amigo y de quien hace un caluroso elogio en ese prólogo.

Las enfermedades que resintieron su robusto organismo, más que los años, fueron debilitando en el doctor Lluria sus energías y sus entusiasmos, aquéllos que le habían permitido años antes brillar con luz propia en centros científicos tan eminentes como los antes citados.

Nacido en Matanzas, cursó los primeros años de medicina en la Universidad de La Habana, en unión de Díaz Albertini, Tamayo, Valdés Anciano y otros galenos honra de la ciencia cubana y terminó sus estudios en la Universidad de Barcelona, donde se graduó en el año 1885 (*). Hombre desinteresado, extraordinariamente bondadoso y servicial, aquí se captó las simpatías de cuantos le trataron, y aquí también dejó muchos testimonios de su competencia profesional; pues muchos son los enfermos que se curaron al ponerse en sus manos.

La muerte inesperada del doctor Lluria ha causado inmensa pena en esta sociedad.

Hacemos llegar nuestra condolencia a su viuda e hijos, elevando al mismo tiempo nuestras preces al Altísimo por el eterno descanso de su alma.

El sepelio se verificará esta tarde a las cuatro y media, partiendo el cortejo de San Carlos 161.

«La Correspondencia», de Cienfuegos. 7 de Octubre de 1925.

----- (*) Error de fecha: se graduó en 1889.



E. P. D.

DOCTOR ENRIQUE LLURIA Y DESPAU

Ha fallecido

Y dispuesto su entierro para las cuatro y media de la tarde de hoy; los que suscriben, en nombre su viuda e hijos, ruegan a las personas de su amistad encomienden su alma a Dios, y se sirvan concurrir a la casa mortuoria, San Carlos 161, para acompañar su cadáver hasta el lugar de eterno descanso, por cuyo favor les vivirán reconocidos.

Cienfuegos, Octubre 7 de 1925.

Dr. Regino de la Arena.- Dr. Ramón Castillo.- Florencio R. Vélis.- Dr. Rogelio Avello.- Dr. Miguel Villalvilla.- Dr. Manuel Ramírez.- Dr. Domingo Urquiola.- Dr. Mario Urquiola.- Dr. Orfilio Urquiola.- Dr. Samuel Ordest.- Lcdo. José González Contreras.- Alfredo Mocosáinz.- Julián García Martínez.

(Se ruega no manden coronas).

«La Correspondencia»
Cienfuegos, Octubre 7 de 1925.

BIBLIOGRAFIA

- 1 Partida Bautismal de la Iglesia Parroquial de San Carlos, de Matanzas.
- 2 Expediente académico en el Archivo General de la Universidad de La Habana. 1879.1886.
- 3 Bibliografía Histórica y Científica de Carlos M. Trelles y Govín.
- 4 «Contribución de los médicos cubanos al progreso de la Medicina», por Carlos M. Trelles y Govín, La Habana, 1926. (Págs. 39, 83 y 189).
- 5 «Tres vidas y una época: Pablo Lafargue, Diego Vicente Tejera y Enrique Lluria», por Francisco Domenech Vinajeras, La Habana, 1940.
- 6 «Cuba en la mano» (Enciclopedia Popular Ilustrada), La Habana, 1940.
- 7 Col. «Evolución de la Cultura Cubana», por José Manuel Carbonell, La Habana, 1928, To. XVII, «La Ciencia en Cuba» (Enrique Lluria y Despau). Págs. 313.14, y Conferencia «Hacia el Porvenir», por E. Lluria, págs. 315-330.
- 8 Anales de la Academia de Ciencia de La Habana, año 1924 Vol. LX.
- 9 «Los Optimistas» (Col. póstuma de Jesús Castellanos- publ. por la Acad. Nac. de Artes y Letras, La Habana, 191... Págs. 247-254, «Lecturas fuertes» (La profecía de Enrique Lluria).
- 10 «Cuba y América», Rev. ilustrada, La Habana, 1905.
- 11 «El Fígaro», Rev. ilustrada, La Habana, ejempl. 9-jul.-1905.
- 12 «Revista Médica», Matanzas, mayo-junio de 1942, «Enrique Lluria, médico, biólogo y sociólogo», por el Dr. Filomeno Rodríguez Acosta.
- 13 *Un gran libro cubano», por el Dr. Mario Luque del Aguila, diario «El Republicano», Matanzas, 1910.
- 14 Diario «La Correspondencia», de Cienfuegos, 7-Oct.-1925, «El doctor Enrique Lluria», por Florencio Velis, Director.
- 15 Prólogo del Dr. D. Santiago Ramón y Cajal al libro de Enrique Lluria «La Evolución Superorgánica», Madrid, 1905.
- 16 Epílogo de Carlos Malato al libro de Enrique Lluria «Humanidad del Porvenir», Madrid, 1906. (Reproducida en La Habana, 19...).
- 17 Datos y testimonios suministrados por sus familiares Don Angel Lluria Sánchez, Dr. Mario Lluria Bonnet, Ricardo Lluria, y por personas amigas como el señor José Manuel de Ximeno y Torriente, y Dr. Rafael Ferrer y del Castillo.
- 18 Los escritos, conferencias y libros de Enrique Lluria.